

habitantes de nuestro importuno planeta, y al contrario, trastorna desapiadadamente sus designios.

Sin duda, á consecuencia de esta lasitud profunda, trastornó la Providencia la resolución de Camilo, haciéndole caer en la más peligrosa emboscada para un hombre de su carácter.

No se había separado doscientos pasos de Bas-Meudón, cuando vió en una nube de polvo dorado dos jóvenes vestidas de blanco cabalgando sobre dos asnillos negros.

¡ El hombre propone, pero el diablo dispone !

FIN DEL LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAMILO ENTRE LOS VOLSQUES.

Uno de los grandes reproches que se han hecho á mi ignorancia, una de las frases que más se me han censurado es, haber dicho un día (no sé ya con qué motivo) que el pararrayo *atrata* al rayo.

Supongamos, querido lector, que las lecciones del sabio Mr. Buloz sobre la electricidad y sobre la pila de Volta no me hayan aprovechado, y que aun hoy continúe en mi error.

Decía yo : « Asi como el pararrayo no tiene otro objeto que atraer al rayo, pensamos nosotros que de la misma manera los jóvenes están únicamente destinadas á atraer á los jóvenes ; » y al decir esto no creía ciertamente emitir una opinión, ni nueva ni atrevida.

Atrajeron pues las dos jóvenes en su dirección la llama que brotaba de los ojos de Camilo, desde que el ardiente criollo las vió de lejos en medio de su nube.

Dobló el paso, y como su marcha aventajaba á la de los asnillos, sólo se hallaba ya á corta distancia de las amazonas, cuando una de ellas, volviéndose por casualidad, detuvo su cabalgadura é hizo seña á su compañera de que detuviere la suya.

Al ver Camilo aquella maniobra redobló su ligereza, y pronto alcanzó á las dos jóvenes; entonces, la más alta, enderezándose sobre la tablita en que apoyaba sus pies, dejó las riendas sobre el cuello de su jumento, y, á riesgo de rodar por el polvo, cayó en los brazos del joven, á quien abrazó estrechamente, y besó con toda la fuerza de sus labios.

— ¡ Oh ! ¡ Canta-Lilas, princesa de Vanves ! exclamó Camilo.

— ¡ Al fin eres tú, ingrato ! dijo la joven. ¡ Bastante tiempo hace que te busco !

— ¿ Me buscabas, princesa ? dijo Camilo.

— ¡ Por montes y valles ! Tampoco he venido aquí con otra intención.

— Como yo, respondió Camilo, que también había venido aquí únicamente para buscarte.

— Pues bien, repuso Canta-Lilas abrazándole segunda vez, puesto que nos hemos encontrado, Camilo, creo inútil que nos busquemos más tiempo.... Abracémonos pues y no hablemos más del asunto.

— ¡ Sí ; no hablemos más de ello y abracémonos ! dijo Camilo ejecutando la maniobra prescrita.

— Á propósito... dijo Canta-Lilas.

— ¿ Qué ?... ¿ qué aun no nos hemos abrazado bastante ? interrumpió Camilo.

— No, no es eso... Permíteme que te presente á mi amiga íntima, la señorita Margarita, condesa de la Pala.

Creo inútil hacerte notar que su nombre de bautismo es Margarita, y que condesa de la Pala...

— Es su título... ¡ Bien ! ¿ Y en cuánto á su nombre de familia ?

— Su apellido es simplemente Colombier (Palomar), respondió la hermosa lavandera.

— Añade también que ese es el nombre de sus labios, porque nunca saldrán los arrullos de amor de un nido más rosado y más fresco.

Las rosas de los labios de Margarita subieron al instante á sus mejillas, é iba seguramente á bajar los ojos cuando la princesa de Vanves la obligó á fijar su vista en Camilo, presentando á su vez al joven á su primera dama de honor.

— El señor Camilo de Rozán, caballero americano, dijo Canta-Lilas, que tiene dos millones en las Antillas, y, como puedes verlo, llenos de petardos los bolsillos.

La princesa de Vanves llamaba *petardos* á las palabras picantes que Camilo acostumbraba á sembrar en su conversación.

— ¿ Y adónde ibais así, sin que esto sea indiscreción ? preguntó Camilo.

— ¡ Pero si acabo de decírtelo, desgraciado ! exclamó la princesa ; íbamos en tu busca, ¿ no es verdad, Margarita ?

— No íbamos ciertamente á otra parte, respondió la condesa.

— ¿ Pues cómo es, preguntó Camilo, que hoy martes no habitáis en las húmedas regiones, hermosas náyades ? ¿ Habrá secado el sol inadvertidamente vuestro palacio ?

— No hay aquí otros palacios secos que los nuestros, mi gentil caballero, respondió Canta-Lilas haciendo chasquear su lengua, y si fuérais verdaderamente tan caballero

como decís, y aun como parecís serlo, iríais al instante á buscarnos un hermoso pequeño lugar (ó grande y feo), que esto me sería igual) en donde pudiesemos comer leche, beber hollos.

— ¡ Princesa ! dijo Camilo.

— ¡ Bueno ! He dicho lo contrario de lo que quería decir ; pero estoy tan alterada que pierdo la chabeta.

— Corro en descubierta, dijo Camilo poniéndose en marcha.

Pero Canta-Lilas le detuvo por la falda del redingot.

— ¡ Quiá ! No se le hace ver á la princesa de Vanves de ese color, señor Ruggieri, exclamó la joven.

— ¿ Qué quieres decir, princesa de mi corazón ? preguntó ingenuamente el criollo.

— Nada : únicamente es que teme que no volváis, dijo Margarita ; y tenemos sed : ea, marchad.

— Tú lo has dicho, Margarita, repuso Canta-Lilas, siempre cogida del redingot de Camilo.

— ¡ Yo, princesa ! exclamó el joven, ¿ yo dejarte, abandonarte, huir de ti cuando me envías á buscar hollos ? ¿ Con quién has vivido desde que te he dejado, pichona mía ? ¿ Cómo ! seis semanas de ausencia te han cambiado hasta el extremo de sospechar de la lealtad de Camilo de Rozán, caballero americano ! ¡ Pero ya no te reconozco, princesa de mi alma ! ¡ Ay ! se me ha cambiado mi Canta-Lilas.

Y Camilo elevó desesperadamente sus brazos al cielo.

— ¡ Pues bien, anda delante ! dijo ella soltando los faldones del redingot ; ó más bien, no, añadió volviendo en sí ; sería cruel obligarte á que anduvieses dos veces el camino con el sol sofocante que hace. Vamos juntos en descubierta... Trata sólo de buscar mi jumento ; no sé que ha

sido de él durante nuestro reconocimiento, y he respondido de él por la cabeza del patrón.

El asno había desaparecido en efecto, miraron á lo lejos las dos llanuras que había á los lados del camino, pero ni el menor asomo de semejante animal.

Sin embargo, después de algunas investigaciones se encontró al fugitivo.

Se había acostado en un foso, y dormía á la sombra.

Se le invitó políticamente á que subiese otra vez al camino, y el animal, con una dulzura y una obediencia de que pocos hombres hubieran sido capaces, accedió á la solicitud, y lo más graciosamente del mundo tendió su lomo á la joven.

La condesa de la Pala cedió entonces su cabalgadura á Camilo y montó detrás de Canta-Lilas.

En seguida se puso en camino la alegre caravana en busca de una quinta, de un figón, ó de un molino.

El artificioso Camilo no había disparado de un golpe todos sus petardos, como decía la princesa de Vanves ; así es que ; sólo Dios sabe qué alegres chistes sembró durante el camino ! Caballeros y escuderos se los enviaban en sonoras notas ; la llanura retemblaba con sus carcajadas ; los pájaros tomándoles por alegres cofrades no se espantaban al verles pasar ; el trío viajero pareciase á los tres primeros domingos del mes de mayo : eran tres primaveras personificadas.

Ya había preguntado Camilo por qué las dos jóvenes se hallaban un martes en el gran camino de París ocupadas en arrear sus borricos, en vez de estar en su lavadero doblando camisas ; Canta-Lilas cedió la palabra á Margarita ; y ésta dijole al joven, que, siendo el susodicho martes la fiesta de su patrona, habían tomado su vuelo con firme intención de buscar al americano.

También Canta-Lilas, como se ve, volvía como la oveja á su rebaño.

— ¿ Pero, observó Camilo, por qué os encuentro en este camino y no en otro ?

— Desde luego, respondió la princesa, te buscaría en todos los caminos, pero te buscaba más particularmente en éste, porque se me había dicho que habitabas en Bas-Meudón.

— ¡ Bueno ! ¿ quién te ha dicho eso ? preguntó Camilo.

— ¡ Toma ! todos los vecinos.

— Pues bien, princesa, dijo Camilo con perfecto aplomo, los vecinos te han engañado sencillamente.

— No es posible.

— Tan cierto como que veo allá abajo el molino de nuestros ensueños.

— Y en efecto se percibía un molino en el horizonte.

— Pero al fin, si los vecinos me han engañado, lo que aun es posible, ¿ por qué te encuentro en el camino de Meudón ? preguntó Canta-Lilas con aquella buena fe y aquella credulidad que eran patrimonio de las grisetas, en el tiempo en que aun había grisetas y credulidad.

Encogióse Camilo de hombros como quien quiere decir : « ¡ Cómo ! ¿ no adivinas ? »

Comprendió Canta-Lilas el gesto.

— No, no adivino, dijo.

— Nada más natural, sin embargo, respondió Camilo. Mi notario vive en Meudón, y vengo de tomar dinero de casa de mi notario... y si no escucha.

Y golpeando sobre los bolsillos de su chaleco hizo sonar las monedas de oro que había cogido para sus compras.

— Es verdad, dijo la princesa convencida con el ruido de las monedas justificativas ; te creo. Pero ahora será pre-

eiso que me dejes ver á tu notario... He oído hablar muchas veces de notarios, y deseo ver uno : se dice que es muy curioso.

— Tienen razón en decirlo, princesa ; es aun mucho más curioso de lo que se dice.

Llegaban en este momento al molino, lo que hizo que cambiase la dirección de las ideas de la joven.

— ¡ Ay ! hé aquí otra cosa que va á desaparecer también del mundo : ¡ los molinos ! Antes de diez años se reirán nuestros nietos cuando les digamos que los molinos servían en otro tiempo para moler el trigo ; y si el museo de Antigüedades no piensa en conservar uno, nuestros descendientes no querrán creer en la realidad de la semejanza, cuando les hagamos la descripción de ellos.

Era sin embargo en otro tiempo un objeto curioso de paseo para los jóvenes de ambos sexos una visita á un molino, porque los había de todos los tamaños, de todos los colores, de todos los nombres.

Había molino Hermoso, molino Blanco, molino Negro, molino Rojo, molino de la Galleta, molino de la Manteca ; había en fin molinos para todos los gustos.

Sentábanse delante de una mesa, miraban dar vueltas á las ruedas del molino durante tres ó cuatro horas comiendo bollos y bebiendo leche : ¡ era un placer puro, inocente, y que no era subversivo contra ningún orden social !

Los tres jóvenes, después de haber atado sus dos asnos, entraron en el molino, donde se les sirvió leche fria con bollos calientes.

Camilo y Margarita se disponían á divertirse haciendo honor á la leche y los bollos, cuando al tercer bocado dijo la princesa de Vanves :

— ¡ Oh ! ; qué bestias somos en estar comiendo bollos !
 — ¡ Eh ! princesa, habla en singular si te place, interrumpió Camilo.

— ¡ Oh ! ; qué bestia eres pues en comer bollos !

— ¡ Bravo ! dijo Camilo, ¡ eso es mejor que petardo : es un cohete !..... ¿ Y por qué soy bestia en comer bollos ? Veamos.

— Porque son las tres de la tarde, dijo Canta-Lilas, hora á propósito para comer, y espero que el señor don Camilo Rozán, caballero americano, nos va á ofrecer una magnífica comida.

— ¡ Todo lo que tú quieras, princesa ! Á fe mía que es muy de razón, ¿ no es verdad ? que cuando dos personas se han buscado durante tanto tiempo como nos hemos buscado nosotros, no se separen sin haber bebido una á la salud de la otra.

— Pues bien, pide de comer.

— ¡ Oh ! aquí no, zagalas mías.

— ¿ Pues entonces dónde ?

— En Paris... ¡ Peste ! ; se come muy mal en el campo ! El campo es bueno para dar apetito, pero no para satisfacerlo.

— ¡ Bien por Paris !... ¿ Y dónde comeremos en Paris ?

— En casa de Vefour, ¡ pardiez !

— ¿ En casa de Vefour ?... ¡ Oh ! ; qué felicidad ! exclamó la joven haciendo chasquear los dedos en señal de contento : ¡ hace tanto tiempo que oigo hablar de Vefour ! ; se dice que es muy curioso !

— ¡ Como los notarios ! dijo Camilo ; aunque hay quien pretende que es más curioso, atendido á que en casa de Vefour se come, y en casa de los notarios es uno comido.

— ¡ Oh ! ; Margarita ! exclamó la princesa, espero que

no te quejarás ! Hé aquí un petardo : ¡ casa de Vefour !...

— ¡ Vamos, vamos, hijas mías, en marcha ! Tengo que hacer algunas compras antes de comer ; os lo provengo.

— ¿ Para las señoras ? dijo Canta-Lilas pellizcando á Camilo en el brazo hasta hacerle sangre.

— ¡ Ah !... ¡ si !... ¡ señoras ! dijo Camilo. ¿ Conozco yo acaso señoras ?

— ¡ Por quién me tomáis pues, caballero ? dijo Canta-Lilas, enderezándose con una gravedad cómica.

— Á ti, princesa, respondió el joven abrazándola, te tomo por la más fresca, la más espiritual y la más linda lavandera que se haya visto nunca á la orilla de un río bajo la bóveda de los cielos.

Pasaba por delante del molino un fiacre vacío, y le hicieron señas de que se detuviese.

En seguida desataron los asnos, y mediante una pieza de treinta sueldos (entonces aun habia piezas de treinta sueldos), el mozo del molino se encargó de llevarlos á Vanves.

Después de lo cual montaron en el fiacre y dieron las señas de Vefour.

De las compras no se trató, aquel día por lo menos.

Á los postres, comida la fresa, tomado el café, y bebidas las copas de anisete, Margarita Colombier, cuyo papel se hacia cada vez más difícil entre los dos jóvenes, se acordó de repente de que su tío, anciano militar, la esperaba para curar sus heridas.

Y haciendo lo que nosotros vamos á hacer, dejó al caballero americano frente á frente con Canta-Lilas.

Solamente que nosotros, que no tenemos tío herido, regresaremos hacia Bas-Meudón, donde Carmelita, puesta á la ventana desde las siete de la tarde, se desesperaba al oír sonar la medianoche.

CAPÍTULO II.

ÚLTIMOS DÍAS DE OTOÑO.

Una de las ventanas de la habitación daba sobre la calle del Petit-Hameau.

Á esta ventana estaba Carmelita apoyada con los codos en el mureo, y la cabeza descansando entre las manos.

Desde allí escuchaba los raros ruidos lejanos que en medio de la obscuridad venían de la llanura; y veinte veces, las ramas secas que chasqueaban, y las hojas marchitas que principiaban á caer, la habían hecho estremecerse como si hubiera oído los pasos de Camilo.

Pero Camilo no podía volver á aquellas horas de París á pie, y no era el ruido de sus pasos el que era preciso oír, sino el ruido de un carruaje.

El silencio de la noche, el melancólico murmullo del viento en los árboles, las hojas que caían temblando, el mochuelo que hacía oír su grito lúgubre é intermitente sobre el álamo vecino, todo contribuía á aumentar la tristeza de Carmelita; y llegó un momento en que la tristeza fué tan profunda, que dos arroyos de lágrimas silenciosas se escaparon de sus ojos y corrieron á través de sus dedos.

¡Qué diferencia de aquella noche de otoño, sombría y llena de agitación, pasada sola, esperando á Camilo en una ventana, con la de primavera, pasada cerca de Colombán bajo las lilas, en medio de las rosas!

Y sin embargo, apenas habían transcurrido cinco meses entre estas dos noches.

Es verdad que no se necesitan cinco meses para cambiar toda una existencia: ¡basta un minuto: basta un instante: basta una noche de tempestad!

Al fin, hacia la una de la mañana, resonó sobre el pavimento del camino el ruido de un carruaje.

Enjugó Carmelita los ojos, aplicó el oído, y vió con un sentimiento de felicidad mezclado con una tristeza de que no se daba cuenta, un carruaje que tomaba la vuelta del camino y se detenía á la puerta.

¿De dónde venía pues el estremecimiento de aquella fibra del corazón que causaba un dolor agudo, mientras todas las otras al estremecerse causaban alegría?

Quiso hajar la escalera para estar más pronto en brazos de Camilo.

No pudo llegar más que hasta el primer escalón.

Camilo, por el contrario, después de haber bajado del carruaje, después de haber cerrado la puerta, saltaba delante de ella.

Encontró á Carmelita á la mitad del camino, vacilante, apoyada contra la pared.

Ella, que tanto deseo tenía de que regresase, ¿de dónde le procedía aquella dolorosa debilidad á su llegada?

En cuanto á Camilo, estrechó á Carmelita en sus brazos con la efusión que le era natural.

De la misma manera había estrechado por la mañana á la princesa de Vanves, un poco menos fuertemente, tal vez un poco menos ardientemente también: tenía que hacerse perdonar su ausencia por Carmelita.

Ésta devolvió á Camilo sus caricias más friamente que ella misma hubiera creído. Hay en la mujer un instinto

que rara vez la engaña: siempre lleva el hombre consigo bastante de la mujer que deja para inspirar sospechas á la mujer hacia la cual vuelve.

Carmelita ignoraba completamente la naturaleza de esta sospecha, le parecía que además de la ausencia tenía que reprochar algo á Camilo.

¿Qué? no lo sabía; pero la fibra dolorosa que había vibrado en el fondo de su corazón era la del reproche.

— ¡Perdóname, querida mía, por haberte inquietado! dijo Camilo; pero te juro que no ha dependido de mí el haber regresado más pronto.

— No jures, dijo Carmelita; ¿dudo yo acaso? ¿Por qué me habías de engañar? Si me amas siempre, es una voluntad más fuerte que la tuya la que te ha detenido; si ya no me amas, ¿qué me importa la causa?

— ¡Oh! ¡Carmelita! exclamó Camilo, ¡yo no amarte! ¡Cómo! ¿Cómo me sería posible vivir sin ti?

Carmelita sonrió tristemente.

Le parecía que una sombra velada, la sombra de una mujer pasaba entre ella y su amante.

Condújola Camilo á su habitación é iba á cerrar la ventana; comenzaban las noches á estar frescas.

Carmelita había permanecido cinco horas á aquella ventana, y no se había dado cuenta de la frescura de la atmósfera.

Estuvo próxima á decir: «Deja la ventana abierta, Camilo, porque me ahogo.»

Abrió la boca; pero sus labios no articularon ningún sonido; cayó sentada sobre el sofá.

Volvióse Camilo, la vió y vino á arrojarle á sus pies.

— Hé aquí, le dijo, lo que me ha sucedido. Figúrate que he encontrado en París dos criollos de la Martinica:

dos amigos míos que no había visto desde... no sé cuánto tiempo. Hemos hablado de nuestro bello país que tú habitarás un día, hemos hablado de ti...

— ¿De mí? dijo Carmelita estremeciéndose.

— Sin duda de ti... ¿Puedo hablar yo de otra cosa? Pero ten entendido que no te he nombrado. Han ido conmigo á hacer nuestras compras (una parte al menos) pero con la condición de que había de comer con ellos, y había de ir con ellos á la Ópera... era la representación del retiro de Lais. Tú sabes que tú y la música sois mis únicas pasiones. ¡Qué no estuvieras tú allí! ¡Cuánto te hubieras divertido!

Carmelita hizo un movimiento indefinible de cejas.

— Pero no estaba, dijo.

— No, querida mía, no estabas; pero ahí está tu falta; tú no has querido venir.

— Si la falta es mía, dijo Carmelita, tampoco me quejo.

— Y en vez de divertirme, sin embargo, te has fastidiado.

— No, te he aguardado.

— Eres un ángel.

Y Camilo abrazó de nuevo á Carmelita con pasión.

Ella le dejó obrar casi distraída.

Por encima de la cabeza del joven, que estaba de hinojos delante de ella, miraba Carmelita su rosal que no tenía más que algunas flores pálidas y marchitas, las últimas.

Una de ellas hasta comenzaba á deshojarse, y Carmelita miraba caer sus pétalos uno después de otro con una profunda melancolía.

Camilo conocía muy bien que sus palabras se deslizaban sin penetrarlas, insistía sobre los detalles que debían dar verisimilitud á su narración.

Carmelita había concluido por no comprender el sentido de las palabras; no oía más que el ruido.

Sonreía, hacía signos de cabeza, respondía por monosílabos; pero ni sabía lo que respondía ni lo que Camilo le decía.

Oyéronse las dos: Carmelita se estremeció.

— ¡Las dos! dijo: estáis cansado; yo lo estoy también, amigo mío: retiraos á vuestro cuarto, y dejadme; mañana me diréis todo lo que aún tenéis que decirme: sé que nada malo os ha sucedido, y eso me hace feliz.

Camilo no estaba en caja desde algunos minutos: no sabía ya ni cómo estar, ni cómo quedarse.

Sin embargo, pareció que las palabras de Carmelita le entristecían.

— ¿Me despides, picarona? dijo.

— ¡Bah! dijo la joven.

— ¡Bien! ¡bien! dijo Camilo, veo que me despides, que te enojas.

— ¿Yo? dijo Carmelita: ¿y por qué me había de enojar ni despedirte?

— ¡Diablo! ¿qué sé yo? ¡un capricho!

— En efecto, dijo Carmelita con triste sonrisa, tal vez soy caprichosa, Camilo; trataré de corregirme de ese efecto... ¡Hasta mañana!

Camilo abrazó por última vez á Carmelita, que recibió el beso como lo hubiera hecho una estatua de mármol, y salió.

Apenas vió cerrar la puerta detrás de Camilo, cuando la palabra que no había podido salir de su boca en presencia del joven, una vez él ausente, se escapó.

— Me ahogo, dijo.

Y fué á abrir la ventana, donde se fijó de codos como lo había hecho aguardando á Camilo.

Permaneció inmóvil allí hasta el día.

Á los primeros rayos parduscos que caían del cielo, tembló, y como si sólo entonces hubiera notado de la hora que era, levantó sus bellos ojos al cielo, suspiró, y se metió en la cama.

Fué la primera nube que pasó por el cielo de los dos jóvenes.

Camilo había dicho á Carmelita que no había podido hacer más que la mitad de las compras.

Tampoco había podido hacerlas todas, si se recuerda cómo había empleado su tiempo.

Era pues urgente volver á París.

Camilo volvió.

Esta vez hizo las compras por completo: nada separó á Camilo de su resolución.

Regresó á buena hora.

Carmelita no le aguardaba á la ventana; se paseaba en el jardín, donde se elevaba el vacío pabellón de Colom-bán.

Por lo demás, á partir de aquel día, las ausencias de Camilo fueron cada vez más frecuentes, y la indulgencia, mejor diremos, la indiferencia de Carmelita no hizo más que alentarle en vez de retenerle.

Poco á poco, sus correrías á París se hicieron tan numerosas, que se tornó la excepción su presencia en casa. Era huésped en ella.

Un día era una carrera en el campo de Marte, otro la primera representación de una ópera, otro una riña de gallos en la barrera.

Es verdad que siempre decía Camilo á Carmelita: «¿Quieres venir conmigo, querida?» pero siempre respondía Carmelita: «Gracias.»

Y Camilo iba solo.

Una mañana, durante una de esas ausencias, llamaron á la puerta.

Oyó Carmelita la campanilla; pero era un ruido que no la hacia estremecer.

Sin embargo, como llamaron segunda vez, levantó la cabeza y puso á un lado su bordado; después, como la jardinera tardase en abrir, fué á la ventana, entreabrió la cortina, y miró quién llamaba.

Lanzó Carmelita un grito de sorpresa, casi de terror: era Colombán.

Estuvo á punto de caer de espaldas.

Corrió á la meseta; la jardinera, que venía del fondo del jardín, pasaba por el corredor.

— Nanette, gritó, conducid á ese caballero al pabellón del jardín, y no le digáis que estoy aquí.

En seguida cerró su puerta, dió la vuelta á la llave, echó temblando el cerrojo, y fué á sentarse, ó más bien, á caer sobre el sofá.

¡ Era Colombán !

Colombán había escrito á Camilo con su regularidad ordinaria; pero como Camilo, desde la marcha del bretón no había vuelto á poner los pies en la calle de Santiago, las cartas de Colombán habían quedado en casa de María Juana.

Resultaba de aquí que el indiferente Camilo, no habiendo recibido las cartas, no había juzgado á propósito escribir á su antiguo camarada de colegio.

Por otra parte, apartaba de sí el recuerdo de Colombán todo cuanto podía.

¡ Colombán era la amistad vendida, la promesa violada; era el remordimiento !

Este silencio de Camilo había inquietado á Colombán, aunque era poco suspicaz.

Por otra parte, el alma del austero bretón (se lo figuraba á lo menos) se había vuelto á templar con las bellezas salvajes de su país.

Creía haber arrebatado á los *peulven* de Carnac su dureza, á las rocas de la Armórica su resistencia.

Un día se había dicho: « Estoy curado; voy á continuar mi carrera de jurisprudencia. Veré lo que hacen Camilo y Carmelita. »

Y como había sonreído con los labios al pronunciar estos dos nombres, se figuraba que había sonreído también con el corazón.

Había pues partido creyéndose vencedor.

Su pretendida victoria no era más que una derrota; sólo que se engañaba á sí mismo, y sólo Dios conocía el secreto de su debilidad.

Llegó á París, y tomó un carruaje para estar más pronto en la calle de Santiago.

Eran las siete de la mañana; encontraría á Camilo acostado. Camilo era perezoso como un criollo.

Carmelita si que estaría levantada; recordaba muy bien que la joven despertaba con los pájaros, y como ellos, cantaba la primera luz del día, el primer rayo del sol.

Había llegado á la calle de Santiago con el corazón agitado, la frente ardiendo.

María Juana le había visto bajar del carruaje.

— ¡ Toma ! ¡ Es Mr. Colombán ! había dicho. ¿ Dónde vais, Mr. Colombán ?

Colombán se había detenido.

— ¿ Dónde voy ? había respondido. Voy á mi casa, á casa de Camilo.

— ¡ Ah ! ; bueno ! ; Pues no hace pocos días que se ha mudado Mr. Camilo !

— ¿ Mudado ? repitió Colombán.

— Sí, sí, sí.

— ¿ Y ?...

Colombán vacilaba.

— ¿ Y Carmelita ?... dijo haciendo un esfuerzo.

— ¡ Bueno ! ; bueno ! también se ha mudado.

— ¿ Adónde han ido ? preguntó Colombán.

— ¡ Ah ! ; diablo ! el hombre os lo dirá : él lo sabe, según creo ; además también Mlle. Canta-Lilas, la lavandera.

Colombán se apoyó contra la pared para no caer.

— ¡ Bueno ! dijo. Dadme la llave de mi habitación.

— ¿ La llave de vuestra habitación ? repuso María Juana, ¿ para qué ?

— ¿ Para qué se pide la llave de la habitación ?

— Se pide la llave para entrar en su casa ; pero vos ya no tenéis casa aquí.

— ¿ Cómo es eso ? dijo el bretón con voz ahogada.

— Porque vos también os habéis mudado.

— ¡ Yo ! ; yo me he mudado ?... ¿ Estáis loca ?

— No, no estoy loca. Podéis subir si queréis ; ni hay un solo mueble en vuestra habitación ; Mr. Camilo se lo ha llevado todo, diciendo que ibais á vivir con ellos.

— ¿ Con ellos ? repitió Colombán.

Y una nube ardiente le pasó por delante de los ojos.

— Pero al fin, dijo, puesto que he de vivir con ellos, preciso es que al menos sepa dónde viven.

— ¡ Diablo ! Creo que es en Meudón, dijo María Juana.

Y como el joven no había pagado aún su carruaje, volvió á subir con su maleta.

— Á Meudón, dijo al cochero.

Hora y media después de haber pronunciado aquellas palabras estaba Colombán en Meudón.

Pero se recordará que era en Bas-Meudón en donde moraba Camilo.

Colombán, con su santa paciencia y su tenacidad de bretón, fué llamando de puerta en puerta sin cansarse.

En la última puerta se le dijo que sin duda las personas por quienes preguntaba vivirían en Bas-Meudón.

Colombán partió para Bas-Meudón.

En Bas-Meudón eran más positivas las noticias : se le había indicado la casa ; había llamado la primera vez ; en seguida la segunda.

Carmelita había mirado por la ventana, le había reconocido, y había ordenado á Nanette que no hablase de ella, y que condujese á Colombán al pabellón.

CAPÍTULO III.

EL QUE VUELVE.

Cuando Nanette abrió la puerta á Colombán, estaba éste casi tan pálido como Carmelita.

Quiso preguntar por Camilo ; pero su voz murió en sus labios.

— Preguntáis por Mr. de Rozán ¿ no es verdad ? dijo Nanette viniendo á su socorro.

— Sí, murmuró Colombán.

— Por aquí, caballero.

Y Nanette se puso en marcha seguida del bretón, á quien condujo rectamente al pabellón del jardín.

Carmelita, después de haber oído abrir y cerrar la puerta de la calle, se levantó en seguida, y descorriendo los cerrojos, dando la vuelta á la llave, y volviendo á abrir la puerta de su habitación, fué de puntillas á mirar por la ventana del corredor que daba al jardín.

Colombán no seguía á Nanette, la precedía.

Tenia prisa por llegar á Camilo y pedirle una explicación.

Abrió la puerta del pabellón.

El pabellón estaba vacío.

Volvióse hacia Nanette.

— ¿ Adónde me conducís ? dijo

— Á vuestra habitación, caballero, dijo la jardinera.

— ¿ Á mi habitación ?

— Sí; ¿ no sois el amigo que Mr. Camilo espera de Bretaña ?

— ¿ Camilo me espera ?

— Hace dos meses.

— ¿ Y dónde está Camilo ?

— En París.

— ¿ Pero volverá hoy ?

— Es posible.

— ¿ Va con frecuencia á Paris ?

— Casi todos los días.

— ¡ Ah ! eso es, murmuró Colombán : duermes aquí, pero habita en París. Camilo habrá temido comprometerla viviendo, no ya en la misma casa, sino en la misma población que ella. Querido Camilo, le había juzgado mal...

¡ Ay ! ; soy un malvado !

Y volviéndose hacia Nanette.

— Voy á esperar aquí á Camilo, dijo : en el momento que vuelva le anunciaréis mi llegada.

Hizo Nanette un signo afirmativo, y se alejó.

Una vez solo, dirigió Colombán una mirada en derredor de sí, y pasó la mano por los ojos : creía ser juguete de una ilusión.

Era su habitación de la calle de Santiago, transportada entera en medio de un jardín encantador.

Los mismos muebles, el mismo papel, todo lo encontraba allí como por encanto; todo, desde su código, que colocado sobre su mesa de noche cerca de su palmatoria, estaba abierto justamente en el punto en que tres meses antes había puesto el galón verde, hasta los pequeños tiestos de rosales que reverdecían delante de su ventana.

Aquella habitación era un remordimiento de Camilo que tenía que hacerse perdonar un crimen por Colombán.

Colombán no vió en ello más que una tierna y delicada atención de su amigo.

Sólo que aquella habitación estaba llena para él de sombríos recuerdos.

Nada es más triste que volver á ver con el corazón despedazado y ojos llorosos los objetos que se han visto en tiempos felices.

Creiendo causar una alegre sorpresa á su amigo, no era otra cosa que la obra de un verdugo la que había hecho Camilo al obligar á Colombán á que habitase la cámara mortuoria de sus primeras ilusiones.

Lo mismo que aquella noche en que la ausencia de Colombán se había prolongado hasta la una de la madrugada, había dicho Carmelita : « ¡ Me ahogo ! » Colombán repitió á su vez : « ¡ Me ahogo ! » y se dirigió al jardín buscando aire.

Carmelita no se había quitado de la ventana : le vió salir, ó más bien saltar fuera del pabellón.